



# Capítulo extra







**P**eter?  
Retrocedió para apartarse de él. Vio que tenía magulladuras en la cara, un cardenal y un corte bermellón sobre uno de los ojos. Él extendió la mano hacia Valerie, pero ella se puso en tensión, su vista clavada en algo: la mano de Peter... sus dos manos. Llevaba guantes, los guantes de un soldado.

Los pensamientos de la joven volvieron a centrarse en el Lobo, su pata marcada al atravesar suelo sagrado frente a la iglesia.

—Gracias a Dios que estás bien —dijo ella, y se recordó que aquello no importaba.

Peter rascó el suelo con la bota y a continuación la miró. Ella observó la danza de los copos de nieve, blancos contra el negror de sus ojos, que los iluminaba.

—¿Dónde estabas? —se atrevió a preguntar Valerie. Solo entonces Peter se percató del terror que recorría

fugaz su rostro, como la sacudida de una llama trémula.

—Me tenían encerrado en ese cacharro suyo, el maldito elefante de metal —se quejó con un tono de indignación creciente.

La mirada de Valerie se desplazó desde el profundo pardo de sus ojos, esos ojos que tan bien conocía a esas alturas, hasta las magulladuras que le oscurecían la piel.

—¿No me crees? —dijo Peter al tiempo que avanzaba con la intención de convencerla.

—No te acerques a mí —dijo ella, sorprendida ante la fortaleza de su propia voz. No se sentía precisamente fuerte, sino más débil que nunca. Su temor se estaba imponiendo a su corazón.

Cuando Peter estiró el brazo para alcanzar su rostro, Valerie se agachó y deslizó la mano en el interior de su bota. En un intento por reunir valor, aun sintiéndose minúscula, blandió el cuchillo delante de sí conforme retrocedía.

—No lo hagas, por favor —le imploró.

Pero él lo hizo.

Y así ella se vio actuar, vio el cuchillo frente a sí, una brillante línea carmesí en la piel de Peter, que se encogió de dolor. Valerie se volvió para alejarse antes de que él tuviese la oportunidad de levantar la vista.

La retorcida maraña de árboles se convirtió en una masa borrosa para una Valerie que, al tiempo que corría, sentía todas y cada una de las emociones y ninguna en absoluto. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba llorando hasta que, sin aliento, no pudo ya correr más. Se detuvo, con el fuerte latido de sus sienes, y observó cómo sus lá-

grimas rompían la tersa superficie de la nieve, la atravesaban y se filtraban hasta el suelo más abajo.

Lentamente, se giró.

Peter había desaparecido, ¿o es que la nevada era demasiado densa como para poder verlo?

«No importa», decidió. Continuaría corriendo. Aprendería a aceptar lo que fuera que se avecinase. Se dirigió hacia la casa de la Abuela, hacia la oscuridad del bosque.

—¿Abuela? —Valerie golpeó la puerta con los puños—. ¡Déjame entrar!

—Tira del pestillo, cielo —oyó surgir de las profundidades de la casa del árbol.

Así lo hizo: entró corriendo, cerró de un portazo y, en el mismo movimiento, echó el pestillo. Dejó la cesta en el suelo y cayó con todo su peso sobre una mecedora enclenque para escrutar la habitación que tan bien conocía.

Para ella siempre había sido un lugar encantado, un bosque interior donde todo crecía hasta alcanzar el máximo de sus posibilidades, más exuberante y hermoso, donde a la naturaleza se le permitía seguir su curso. Una cazuela de estofado hervía con parsimonia en el fuego. La quietud de la cabaña le otorgaba el aspecto de un cuadro. Qué extraño resultaba que nada hubiese cambiado en casa de la Abuela, como si Valerie se hubiese adentrado en un mundo en miniatura perfectamente contenido. El resplandor de la lumbre bañaba la habitación. No vio a su abuela.

—¿Estás bien? —voceó en dirección al dormitorio. La Abuela no respondía, de manera que Valerie se creyó en la

necesidad de explicarse—. He tenido una pesadilla —dijo y se sintió estúpida al escucharse en voz alta, aunque su vergüenza se transformó rápidamente en terror. Pestañeó al ver que una silueta oscura se dirigía veloz hacia la zona del lecho.

La siguió y se acercó un poco más a la cama de la Abuela. Otro paso, y otro más hasta que estuvo lo bastante cerca como para echar un vistazo a través de las vaporosas cortinas de seda. Se inclinó hacia un lado y, presa del miedo, vio lo que desde el primer momento y en lo más profundo de su corazón sabía que se encontraría.

Sus ojos, atentos, refulgían dorados en la oscuridad, una visión estremecedora. *El Lobo*.

Pero entonces, en ese instante, llameó una cerilla y una vela se encendió e iluminó el rostro de la Abuela. No era el Lobo, y nunca lo había sido. Tan solo se trataba de la Abuela.

—Salgo en un minuto —dijo.

La nieta apenas podía verla a través de las cortinas, cómo se frotaba los ojos y se alisaba el camisón.

Valerie se apoyó en la mesilla de noche al tiempo que intentaba contener sus emociones. Llevó una mano a la cabeza para palpar la zona en que se había herido.

—Creo —se estremeció y se recordó a sí misma que había de mantener la serenidad—. Creo que el Lobo está ahí fuera.

La Abuela no parecía preocupada.

—Todo va bien, querida —dijo en un tono de voz tan plácido como la superficie de un lago al amanecer—. Aquí dentro estamos a salvo. Se está haciendo un estofado. Ya sabes, toda pena...

—... con pan es menos pena —susurró Valerie. Se sirvió un tazón de estofado sin mucha convicción y avivó el fuego.

La Abuela se rió. Qué extraño parecía su rostro a través de las cortinas, qué diferente su voz y qué novedad su risa. Pero ella era la misma, se decía Valerie, tenía que serlo.

La voz de la Abuela, no obstante, sonaba apagada y profunda, casi masculina.

—Eso es. Come, querida mía.

Valerie no tenía hambre, pero no quería ser grosera. Se sintió rara; por lo general, con la Abuela era capaz de dar rienda suelta a su forma natural de ser. En el preciso momento en que se llevaba a sus labios reacios una cucharada de sopa, sintió que algo le empujaba en la pierna.

Le dio un vuelco el corazón.

No era más que el gato negro de la Abuela. Se inclinó y alargó la mano para rascarle esas orejas finas y aterciopeladas suyas. Aunque no era afecto lo que buscaba el felino: se relamió al ver el humeante bol de estofado en el regazo de la joven.

Los ojos de Valerie se abrieron de par en par cuando comenzó a sentir que la habitación daba vueltas a su alrededor.

—Me estoy mareando... —sus palabras se desvanecían. Bajó la vista entonces a la solitaria hoja de laurel que flotaba en la sopa y oscurecía la carne correosa de debajo—. ¿Qué es esto?

Luego levantó la nublada vista del bol y vio que la Abuela permanecía deliberadamente tras la cortina. Era una silueta, su cuerpo delineado bajo el camisón, las facciones oscurecidas. Valerie apartó la mirada al ver que la

Abuela se desvestía, pero volvió a alzarla cuando se abrieron las cortinas y la silueta comenzó a caminar hacia ella.

El movimiento, sin embargo, no era el de una mujer entrada en años, había demasiada determinación en la zancada. Los ojos de Valerie reconocieron el rostro sombrío como el de alguien distinto de su abuela, pero su cerebro no aceptaba lo que estos le contaban, que la figura que se hallaba en pie frente a ella era su padre.

Era su padre y, aun así, no era el padre que ella conocía. Era como algo que se hubiese disfrazado de su padre, una mariposa que intentase pasar por la oruga que una vez fuera. Inspiraba asombro; poderoso y dominante como jamás había sido, su rostro era el de Cesaire, mas los ojos eran los del Lobo al que se había enfrentado antes.

Se había quedado sin habla y, sin embargo, cuántas preguntas tenía.

—¿Padre...?

El rostro de Cesaire se vino abajo.

—Cuánto lo siento —dijo él, y su voz sonó de repente como la suya propia—. Está... muerta.

¿Muerta? ¿Qué era lo que había en la voz de Cesaire que sonaba como algo distinto del dolor? Era casi como un remordimiento, un lamento... culpa. Con un deje triunfal.

«¿Qué ha pasado?».

—No tuve elección... Acabó por darse cuenta de lo que soy.

«Despierta, es un sueño. ¡Despierta ya!».

—¿Qué? No puede ser. Padre, no —Valerie se rió de un modo torpe. No le creía, no podía—. Me estás gastando una broma...

—Ojalá fuera así...

Valerie vio con claridad lo que abrasaba tras su mirada: vergüenza. Y entonces reparó en su mano, quemada, como la pata del Lobo que traspasó la verja.

Deseaba creer que aquel individuo no era su padre, que su padre era un buen hombre, y aun así, ya no podía seguir negándolo. Estaba atrapada con el Lobo, rodeada de su mal.

—Padre. No... —Valerie soltó lo que sabía que no iba a ser sino una vana protesta. No tenía voz ni voto, nunca los tuvo—. ¿Cómo... has podido? ¿Cómo has podido hacer esto?

Cesaire bajó la vista al suelo y, a continuación, adoptó el aire de un hombre mucho más poderoso que el que ella había conocido.

—Valerie, te quiero tanto, deseaba que tuvieses una infancia normal, así que llevé una doble vida. Oculto a simple vista, en una vida modesta —comenzó a recorrer la habitación, las palabras pronunciadas a trompicones—. Intenté continuar adelante, pero he sufrido tantas faltas de respeto... Por parte incluso de mi propia esposa. Ya no podía seguir así. He aceptado muchísimo menos de lo que merezco, y ya no podía seguir así. Decidí que era el momento de marcharse a la ciudad... en busca de mejores cotos de caza —ahora Cesaire gruñía, una fuerza atemorizadora, poderosa, hacia la cual Valerie se sentía atraída...

Tomó una respiración profunda y tranquilizadora, no era solo temor lo que sentía, sino algo mucho más complejo, algo que no era capaz de comprender.

—Entonces, ¿por qué no te marchaste sin más?

—Por el amor que sentía por vosotras, mis hijas, y porque deseaba que vinieseis conmigo, que disfrutaseis de ese bienestar.

—Pero tenías que esperar a la luna de sangre —negaba con la cabeza conforme iba juntando las piezas que daban forma a la horrible verdad. No quería tener nada más que ver con aquel hombre, aunque aún tendría que hacer un esfuerzo considerable para superarlo, un intento por mirar más allá de su ira y comprender.

—Sí —dijo él, complacido por el esfuerzo de Valerie—. Por nacimiento, el don fue a parar primero a la mayor de mis hijas. Yo sabía que Lucie amaba a Henry, así que redacté una carta y me dirigí a ella como el Lobo. Le dije que Henry ya había pedido tu mano, pero que yo podía concederle a ella algo mejor: su verdadero poder —la joven se sintió flotar, como si su cuerpo la hubiese abandonado—. Pero al hablar a Lucie en la forma del Lobo —prosiguió Cesaire—, ella no entendió mis palabras. Cualquiera de mis descendientes, con mi *sangre de Lobo*, tendría la capacidad para entenderme. De repente, todo cobró sentido. Lucie no podía ser hija mía. Tu madre me engañó. Aunque eso tú ya lo sabías, Valerie.

Las piernas casi dejaron de sostenerla. Había sospechado la verdad, pero cuánto miedo le había dado el decirlo en voz alta. En cualquier caso, daba igual, no importaba quién hubiera sido su padre: Lucie seguía siendo su hermana. Y había sido asesinada.

—Qué hermosa estaba esa noche, vestida con sus mejores galas. Después de tantos años de ser tan cuidadoso, de comportarme con tanta inteligencia, perdí el control.

Valerie asintió lentamente al comprender por fin la verdadera naturaleza de su padre. Lo que ella siempre había pensado que era debilidad en realidad era una fortaleza oculta.

—Te vengaste de madre.

—Y de su amante —dijo con un orgullo febril al pasar frente a ella en su paseo por la habitación.

Valerie percibió el olor corporal de Cesaire. Olía a bosque, a almizcle como bulbos de cebolla y nuez moscada.

—Mi padre también era un Lobo. Nuestro olor, el olor de un hombre lobo, aún impregna sus ropas —abrió de un golpe el arcón del ajuar, agarró una de las camisas de su padre, se la llevó a la cara e inhaló con fuerza—. Mi madre nunca supo lo que significaba hasta el momento antes de morir —le rechinaban los dientes, unos contra otros bajo la fuerza de su mandíbula en tensión. Valerie se percató de que estaba combatiendo las lágrimas—. Amaba a mi mujer y a mi hija, las quería a las dos. Y ella *era* mi hija. Nunca quise hacerles daño —y dejó caer de nuevo la camisa en el arcón.

No era cierto. Había tenido intención de hacerles daño, y se lo había hecho. Valerie dio un paso en dirección a su cesta.

—Ven conmigo —se volvió él para decirle a su hija—, un mordisco y serás como yo.

—¿Y por qué no me obligas, sin más? —le soltó ella.

—Te necesito como aliada, no como esclava —contestó él, como si se estuviese comportando como un caballero en todo aquello.

—Yo no haría lo mismo que tú, no soy capaz.

—Sí lo eres, Valerie, mi sangre ya corre por tus venas —se alzó temible sobre ella, imponiéndole la verdad con una sonrisa adusta que mostraba sus dientes—. Es un don. Un don que mi padre me legó a mí y que yo, ahora, te puedo legar a ti. Soy más fuerte de lo que era él, y tú

serás aún más fuerte que yo —Valerie sintió lo fácil que resultaría rendirse—. Tendremos el mundo a nuestra merced, seremos invencibles —prosiguió en un tono de voz oscuro y seductor.

Trataba de resistirse, pero en aquel momento, después de tanta penuria, de tanta traición, lo único que deseaba era que cuidasen de ella. «Qué fácil sería...».

Sus pensamientos se dirigieron hacia quienes se habían preocupado por ella: su madre, su hermana, la Abuela; hacia todo el bien que allí había, hacia el bien que se había mostrado ante sus ojos la noche previa en el cementerio de la iglesia; hacia la fortaleza del amor. El Lobo no formaba parte de su ser, de eso sí estaba segura.

—Tiene que haber un Dios —se reforzó Valerie—, porque tú eres el Diablo.

—Y tú la hija del Diablo —se burló él.

Antes de poder contestarle, Valerie vio que Cesaire ladeaba la cabeza para escuchar, como un perro... como un lobo. Sus ojos centellearon hacia la puerta en el preciso instante en que la hoja de un hacha atravesaba la madera y hacía saltar el pestillo. La puerta se abrió de golpe y dio paso a Peter.

Cesaire evaluó la situación de un vistazo, desde el primer plano al espacio intermedio para llegar hasta el fondo, según pudo saber Valerie por la forma en que lo escrutaron sus ojos.

—Tu aspecto no resulta tan aterrador a la luz del día —susurró Peter con una intensidad brutal.

Cargó con el hacha contra Cesaire. Valerie respiró de alivio, aquello pondría el punto final a la historia. Pero Cesaire se desplazó más que veloz, levantó el brazo y detuvo la hoja a un centímetro de su frente.

—¿Cómo estás tan seguro? —le gruñó con el rostro contraído de ira.

Valerie se había apoyado contra la pared, las manos presionadas con fuerza contra la madera áspera. ¿Qué podía hacer? Aún se sentía mareada por la herida de la cabeza y el aroma del estofado.

Al otro lado de la habitación, Valerie vio que Peter estaba enzarzado en pleno combate con Cesaire, que imponía su avance a base de fuerza, a empujones de su cuello vigoroso. Se agarraban el uno al otro en silencio, pero en un silencio angustioso, tenso por el deseo de matar. Cesaire lanzó al joven un fuerte puñetazo. De la tarima se elevaban densas nubes de polvo mientras los dos forcejeaban. Peter se lanzó a por Cesaire, retrocedió el puño y descargó un golpe contra la mandíbula. Valerie no hizo gesto de dolor alguno, todo su ser había cedido al impulso mecánico de matar. Cesaire ya no era padre, hombre ni lobo; tan solo era el mal en forma de una mole que debía ser destruida.

Peter levantó su arma con ambas manos para hundirla en la cabeza de su adversario, pero, en el último instante, este se zafó de debajo del joven, le dio la vuelta de una sacudida y lo lanzó volando hasta la otra punta de la habitación para aterrizar contra los estantes próximos al telar. Unas jarras de cristal se hicieron añicos por el suelo al tiempo que Peter caía sobre la tarima. Cesaire avanzó contra él y le propinó una patada de odio tras otra, una y otra vez.

—¿Padre?

Se detuvo y, lentamente, dio media vuelta para enfrentarse a ella.

Su hija tenía un aspecto icónico, la niña de un cuento de hadas. Del mismo modo en que él le había parecido a ella el padre ideal, ella se encontraba ahora tal y como él había querido siempre que fuese: la capucha roja suelta sobre la cabeza y la cesta, que sostenía y le ofrecía, delante de sí.

—Tengo algo para ti —dijo ella con una voz suave como la seda.

—¿Qué es? —miraba fijamente, paralizado, jadeante, aunque no se decidía a acercarse a ella.

—Te lo voy a enseñar —le dijo con dulzura.

Cesaire miró a Peter, tirado en el suelo, y de nuevo a Valerie, orgulloso.

—Déjame verlo —se limpió la boca con un harapo.

Valerie sostenía la cesta, ofreciéndosela, y apenas levantó la tapa. Cuando el hombre se fijó en el interior, ella miró a Peter y, acto seguido, desvió la mirada hacia el hacha, a medio metro de distancia, para darle una orden. Cesaire, que se inclinó hacia delante para distinguir mejor lo que había en el interior de la cesta, no vio el movimiento asombrosamente veloz de Peter.

El joven tomó impulso y utilizó toda la inercia en el aire para asestar un golpe con el hacha en plena espalda de Cesaire; le partió el omóplato de manera que se quedó clavada como si del ala torcida de un ángel se tratase.

Cesaire retrocedió lleno de ira y se echó ambas manos a la espalda para quitarse el hacha. Se oyó un rugido procedente de su interior, de un lugar más profundo que el fondo de su garganta, sus cuerdas vocales gesticulaban como si alguien se dedicase a pellizcar gomas elásticas. Era la bestia en su interior, que luchaba por abrirse paso a través de la superficie humana, pero Valerie fue rápida.

—Te he traído *esto*.

Retiró el pañuelo y reveló el contenido de la cesta: la mano de Solomon, los dedos contraídos en el rígor mortis, aferrados en el aire, a la nada. Levantó la vista para encontrarse con el pánico que llenaba los ojos de su padre.

«Qué sencillo habría sido convertirse en una bestia en comparación con pasar por esto», pensó Valerie.

Antes de que Cesaire pudiera reaccionar, ella realizó un movimiento para el que no habría vuelta atrás. Agarró la mano fría y le clavó las afiladas uñas de plata a Cesaire en la barriga. Se obligó a sujetar allí la mano, con firmeza, mientras la plata comenzaba a recorrer la sangre de su padre.

Por un breve instante se encontró con sus ojos, como un destello en el espejo. Pudo oír su respiración dificultosa, como la de un niño. Entonces cayó, por siempre muerto, para siempre.

Valerie permaneció en pie y con lágrimas en los ojos, su mundo hecho jirones. Peter avanzó hacia ella y sus brazos envolvieron el físico esbelto de la muchacha, la abrazó con fuerza hasta que a ella se le empezó a pasar la ira. Valerie no se quedó mirando el cadáver de la bestia que a tantos de sus seres queridos había asesinado, sino que observó el cuerpo de su padre. Se sintió hundida, nada quedaba ya.

—Por favor, sácame de aquí.

Peter tomó la mano de Valerie e hizo un gesto de dolor cuando la joven le agarró el brazo. Y se apartó de ella.

—¿Qué? —le miró inquisitiva mientras él volvía a colocarse la manga rasgada.

—Me ha mordido —soltó Peter, apenas capaz de decirlo.

En el brazo lucía la marca profunda e infectada de un mordisco, la sangre ya se estaba coagulando a causa del mal de la infección. Los dos se miraron, conscientes.

—Peter... —Valerie permaneció inmóvil, desconcertada.

Él no quería creérselo e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Cuando se alce la luna de sangre, seré como él. Una bestia —salió por la puerta y descendió por el árbol medio a trompicones. Horrorizado ante la corrupción que crecía en su interior.

Valerie siguió sus agónicos tropezones a través de la nieve. Era uno de esos días mágicos, con la luna todavía visible en el cielo azul, brillante e iluminado por el sol. Había pasado la tormenta.

La nieve se aferraba a las botas de ambos en un intento por retenerlos. Él cayó de rodillas, y ella cayó ante él. Sus brazos se buscaron de forma desesperada, y entre los ríos de lágrimas que surcaban el rostro de Valerie, sus labios se encontraron. Peter extendió la capa de Valerie y la tumbó sobre ella, una mancha roja sobre el manto blanco del suelo.

La nieve crujía conforme rodaban sobre ella, el abrazo del frío sobre sus cuerpos febriles. Era el horror de lo que habían hecho, las hormonales oleadas de vergüenza y de triunfo, lo que los movía a ambos. Todo lo que había hecho Peter era por ella, y ella había dudado de él. Ahora solo quedaba una cosa por hacer: amarle. La contundente mano de Peter se deslizó sobre el cuerpo de Valerie y se abrió camino hasta ella. Valerie le imitó, su mano guiada

por la de Peter. Sus cuerpos enredados el uno en el otro, ofreciéndose calor en un universo frío.

Valerie y Peter consiguieron llegar a paso lento hasta el río medio congelado. Él tiraba de una carretilla en la que transportaba el cadáver bajo una tela, y ella se iba agachando para recoger las piedras más suaves, las más hermosas.

—No pueden encontrar jamás su cuerpo. Te tomarían por bruja —alargó la mano para rozar el rostro de la muchacha. Ella asintió con solemnidad.

En un muelle, Valerie apartó la vista mientras Peter tendía el cuerpo de Cesaire en el interior de un bote y le hacía un corte profundo en la barriga. Le entregó las piedras, una por una, con la mirada puesta en otro lugar. En el aire frío, las piedras rechinaban unas contra otras, ruidos leves que sonaban como chillidos a oídos de Valerie. Pero enseguida se encontraron dentro del cuerpo de Cesaire, y el ruido que hicieron entonces fue cálido y amortiguado.

Cuando alcanzó la última piedra, se la llevó a los labios. Estaba fría, le produjo un cosquilleo. Se la entregó a Peter y enhebró hilo negro en una aguja para pasársela también a él.

Una vez Peter finalizó su tarea, subieron los dos al bote y se deslizaron hasta el centro del río. La camisa de Cesaire flameaba al viento y dejaba a la vista la línea quebrada de puntadas de hilo sobre la barriga deforme, bien llena de piedras. Peter se desplazó en busca del cuerpo, pero Valerie le detuvo la mano.

Pensaba en el padre que había conocido, aquel hombre extraño, amable, que vertía el agua caliente en su bañera, que le había enseñado a vendar una herida, que tanto se había reído al salir corriendo después de soltar un avispero.

«Padre, padre, ¿adónde se ha ido?».

Con el movimiento de la barca, las piedras se desplazaban como si fuesen latidos.

Por fin Valerie hizo un gesto de asentimiento a Peter, que, con suavidad, levantó el cadáver de Cesaire y dejó que se deslizase en el agua del río. Lo hizo con lentitud, su mano la estela final, un último saludo a la hija que tanto había adorado.

Peter comenzó a remar y llevó el bote de regreso al muelle. Valerie se bajó y se dio la vuelta, pero él ya remaba para alejarse.

—¿Peter?

No era capaz de mirarla, mantenía la vista baja, en su brazo envenenado.

—Podría hacerte cosas terribles —le advirtió con tristeza—. Tengo que alejarme de ti, no estarías a salvo conmigo hasta que aprendiese a controlarme.

—Te esperaré.

Finalmente, cuando él sintió la fortaleza de su convicción, de la convicción de ella, se volvió hacia Valerie y se abrió a ella por un único instante.

—Pensé que dirías eso.

Entonces, Peter no pudo seguir mirándola y se volvió hacia el color grisáceo del río y el cielo, el futuro vacío. Valerie observó cómo desaparecía, hasta que no fue capaz de distinguir entre una onda en el agua y su bote, entre su bote y una onda en el agua.

Y se marchó a casa a esperar... a su amor... a un Lobo.

